



EDICIÓN ESPAÑOLA.

Paseo de las Delicias, 60 Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana a 4 tarde

SUMARIO

CESAR JALON
Sección vermouth.

FERNANDO G. RUIZ
El crimen del perro lujurioso.

NUESTROS ARTISTAS
Y LA GUERRA
«La Favorita».

FERNANDO MORA
... ¡Taday, pelmazo!

J. H. ROSNY
Lydia.

DIONISIO PÉREZ
Amorios de otros tiempos.

TOVAR, OTELO, PACO
MATEOS, TINO y MONPOL,

Varios dibujos y retratos de
«Electra», «La Favorita» y
«Trio Maffer».

CARAS BONITAS



"ELECTRA,"

Bailarina formidable que, como la obra del gran Galdós, ha hecho una revolución en Portugal, Extremadura y Andalucía. La de Portugal, sobre todo, ha dado mucho que hablar.

Biblioteca Regional de Madrid

5 cénts.



«La Primavera,
la sangre altera.»

Ya lo dijo el otro: «Primavera en otoño.» Y lo mismo pudo decir: «Primavera en invierno», sino que, además, por esta vez, hubiese acertado.

En pleno invierno, hemos sentido en Madrid la llegada de la primavera; una primavera en su plenitud, borracha de sol y de alegría.

Nada importa, pues, lo que el almanaque prescribe acerca de las estaciones, di-

¡QUÉ INJUSTICIA!



—¡Ay, Pepel! ¡Me da el corazón que voy a perderte para siempre!
—¡Ya ves! ¡Y la gente dirá que yo soy el que te perdí!

vidiéndolas en fracciones equivalentes, que comienzan y finiquitan en los días 21 de determinados meses.

El almanaque, que tan excelente papel brinda á poetas innominados y á filósofos anodinos, que vierten sobre él sus deposiciones mentales; el almanaque, objeto indispensable de escritorio, que preside la vida de relación —sobre todo de relación comercial—, es un factor poco interesante cuando se trata de precisar el paso de las estaciones.

Son las estaciones del año, estaciones que no admiten ningún factor fijo; como supeditadas á los cambios atmosféricos y las arbitrariedades del tiempo, los factores de estas estaciones no pueden ser fijos, sino «temporeros» ó temporales.

Y de ahí que los temporales se echen encima á la entrada de tal ó cual estación.

Pues bien; el factor temporal que anuncia al humano la llegada de la primavera, es—¡no asustarse!—la sangre.

«La primavera, la sangre altera.» Lo reza así el cantar, y no sé si en verso ó en prosa, lo repiten en los Dardanelos y en el Marne, en mar y tierra, asegurando que á la entrada de la primavera se abrirán nuevos periodos activos en la guerra, y habrá nuevas efusiones de sangre, que se cuajará en rojas flores, abiertas sobre la tumba de los mártires.

Tal como yo lo he transcrito, el párrafo anterior está en prosa; pero al leerlo en francés, hubiese jurado que la mencionada frase lapidaria era un acto, en verso, de Martínez Sierra, y del que no se sacaba nada en limpio —sin duda, por efecto de

CONFORMIDAD



EI. —¿Sabes que tu primito Carlos me está ya llenando?

Ella. —Y á mí también.

la sangre —, pues tal era la redacción francesa, que no se sabía si iban á abrirse las flores ó las tumbas.

Lo que sí quedaba claramente sentado — sentado sobre la tumba —, era que á la entrada de esta estación, correría la sangre, ni más ni menos que en las estaciones del ferrocarril de España.

Por otra parte, los hombres y las mujeres presentimos la llegada de la primavera por una alteración en nuestra sangre, diga lo que quiera mi amiguita Blanca.

Blanca, una linda camarera que haciendo honor al nombre, muestra sus brazos de alabastro, desnudos hasta al codo, y que cuando empina el codo, que es con bastante frecuencia, descubre un antebrazo de escandalosa nitidez; la tal Blanca afir-

ma que jamás le alteró nada la primavera, y que las que así lo cantan, son una excepción de la regla.

Yo creo que la excepción es Blanca, y que la vida es negra.

Yo creo, asimismo, que á la hora presente, lectores y lectoras, hemos sentido en nuestro ser la revolución primaveral y que, con absoluto desprecio del calendario, el pasado domingo fuimos á los toros, al cine ó á la bombilla, enervados, salidos y fogosos, como pudiéramos estarlo el día 21.

Dígallo, si no, aquel grupo de buenas mozas que, alteradas por la primavera, bajaban «cogiditas del bracero», á la Bombilla, el domingo por la tarde, entonando un himno á la Cuaresma; un himno de vigilia, pero que olía á carne:

«Si bajas á la plaza,
niña, te «alvierto»:
la merluza, cerrada
y el congrio, abierto.»

— Sino que ellas no decían el congrio.

CÉSAR JALÓN

CUARTO MENGUANTE



— ¡Setenta y ocho años! El pobre viejo se va á quedar con la lana de miel en los labios...

El crimen del perro lujurioso

Para «Tartarin».

Pin era un perro chiquitito, blanco, inteligente, noble: una monada de animal. Quiso el destino perruno que Pin no disfrutase las comodidades de un palacio, ni recibiese las caricias de una manita aristocrática, de mujer enamorada de la raza canina. Pin era el perro de un ciego, el lazarillo que guiaba por calles, caminos y senderos al hombre de las órbitas vacías.

Todos hemos visto cien veces á estos

A PLAZO FIJO



- Adiós, Elena; hasta pronto.
- Hasta cuando quieras.
- El primer día que pueda.
- Bueno; pues hasta el día primero.

perritos humanitarios y bondadosos, verdaderos bienhechores de la humanidad doliente y ciega, á quienes las sociedades benéficas debían premiar con una medallita, al par que honorífica, pensionada con unas diarias sopitas de leche.

Yo conocí á Pin en una de las excursiones que su viejo dueño, el ciego Juanón, hacía carretera adelante, de pueblo en pueblo, mendicando un cuzcurreo para su diario yantar y unos céntimos para su afición tabernaria ó vintcola.

—¡Ah, es lo único que me causa deleite—decía—, lo que alegra un poco mi caminar por esta vida sin luz y sin esperanza! Un traguito de buen vino de la tierra

trae satisfacciones á mi cuerpo molido, y olvidos á mi alma. ¡Esta vida de miserias y de dolores hay que endulzarla así!

El viejo, cara al sol, tumbado al abrigo de unos paredones en ruinas, irguió su cabeza calva y lucia, y quiso, con las cuencas vacías de sus ojos, mirarme para convencerme de sus afirmaciones: —¿Qué sería de mi sin el vino? ¡Y sin mi perro! ¡Ah, mi Pin sobre todo! Pin es mi más leal amigo, mi hermano. En los ojos de Pin están mis ojos. El me guía en las oscuridades de mi ruta eternamente negra. Silencioso y noble me ayuda, como un nuevo Cirineo, á llevar por el mundo la ruda carga de mi ceguera incurable. Bien merece mi cariño. Pin, acércate.

Brincoteó jubiloso el blanco perrito, y, saltando sobre los harapos del viejo, fué á lamer con su lengua suave y chiquitina las pupilas ciegas de luz.

—¿No veis? Es que me besa. Como si fuéramos hermanos. Y hermanos somos en el sufrir desde que nos juntó el destino. Ya va

para cuatro años.

—¿Y nunca trató de huir, de abandonarle?

—Jamás. Suelto le dejo en cuanto hacemos un alto en nuestro camino. Sólo cuando de nuevo emprendemos la marcha y agarro la cuerda atada á su cuello para que me sirva de guía. *Pin* es noble y bondadoso, señor. *Pin* me quiere con toda su alma. Porque *Pin*, señor, también tiene alma como nosotros. Así es incapaz de hacerme traición.

—Sí que es un tesoro su perro.

—Incalculable, señor; incalculable. No le daría por todo el oro del mundo. Ven, *Pin*, bésame otra vez, muchas veces.

Y el viejo reía jubiloso, moviendo lentamente sus fauces babosas y sucias, mientras el sol de aquella mañana inverniza derramaba su calor al abrigo de aquellos paredones agrietados.

Bajo este punto de vista me pareció *Pin* un perro ideal, digno, después de

muerto, de ir derecho á la gloria canina y tener opción á su correspondiente estatueta en el mundo perreril. Pero... ¡Todo tiene un pero fatal en esta vida! *Pin*, tan noble, tan bondadoso, tan humanitario, era perro. Quiero decir que era macho, y, por ende, adorador de las hembras, como cualquier mortal. Y esto puso un negro borrón en su limpia historia.

Y fué que un día marchaban *Pin* y su amo Juanón, uno tras del otro, carretera

A LA CARRERA



—Chica, no corras tanto... Considera que me llevas con la lengua fuera...

—Ya lo veo; pero no me gusta.

adelante, cuando acertaron á pasar por junto á ellos varios arrieros, á quienes seguía una linda perrita, también blanca, como *Pin*, coqueta y juguetona, *bocatto di cardinali* en el mundo perreril ó canino. Sus ojos seductores, como los ojos que tienen nuestras enamoradas mujeres, lanzaron sobre *Pin* una mirada tan lánguida, tan acariciadora, tan insinuante. Parecía decir:

—Te adoro con locura, *Pin* de mis en-

tretelas. Quéreme. Dame la limosna de tu amor.

Y *Pin*, ¡al fin, perro!, se olvidó de su ciegucecito y púsose á cortejar á la perrita. La pasaba las manos por el lomo, le decía recaditos al oído, lamía con humilde ternura su pelo suave.

El ciego caminante marchaba asido á la cuerda más deprisa que de costumbre:

—Cuidado, *Pin*, no vayas tan ligero. ¿No sabes que le falta la luz á mis ojos?

Pero *Pin* no hacía caso. La perra seductora se apartó de la carretera y descendió por un terraplén cubierto de pedruscos.

Pin siguió á su amada. Juanón fué detrás de *Pin*. Le faltó al ciego tierra donde pisar, cayó, y fué rodando hasta chocar con su calva luciente en una piedra. Una mancha roja salpicó el terruño. Y mientras el viejo se desangraba, *Pin* acariciaba amorosamente á la perrita de los arrieros. ¡Estaba en pleno idillio!

FERNANDO G. RUIZ.

Lea usted "Teatros y Salones,"

UN PROYECTO DE ENSANCHE



—Nicasio, dentro de poco no vamos á caber los dos.

—Mujer, ¿crees que voy á engordar más?

—No; si no lo digo por ti...



Nuestras artistas y la guerra.

“Favorita,, quiere los
: bigotes del Kaiser :

Favorita. ¿qué opina usted de la actual contienda europea?

La bella carzonetista, á quien hacemos esta pregunta á la manera de un disparo de cañón, nos mira un poco atónita.

Luego, repuesta ya, dice:

—¿De la guerra? Pues que como soy «aliada», espero con impaciencia la derrota del Kaiser.

—¿Le molesta á usted el Kaiser?

—Me molestan sus bigotes. Una mujer tranquila como yo, no puede ver, sin sentir antipatía hacia su dueño, unos bigotes fanfarrones.

—¿Y por ese motivo tan sólo es usted francófila?

—¿Le parece á usted poco? Lo más trascendental de la vida de una mujer depende á veces de unos bigotes; como lo más trascen-



La Favorita.

Biblioteca Regional de Madrid

ental de la vida de un hombre depende á veces de una sonrisa, de unos ojos ó de unos andares de mujer.

—Tiene usted razón, Favorita.

—Además, nosotras las artistas, hemos de sentir por Francia las simpatías todas que sentimos por nuestro arte. ¿Dónde nació el *couplet*? En Francia. ¿Qué nación expresa mejor en su alma frívola, inquieta, el perfume del *couplet*? Francia. Admirémos, pues, á Francia. ¡Viva Francia!

—¡Viva! — dijimos nosotros, contagiados ya por el entusiasmo de Favorita.

—¡Y mueran los bigotes del Kaiser!—replicó la artista—, que una francófila, artista por añadidura, debe sentir tanto cariño por Francia como desdén por la más preciada prenda del emperador...

—¡Eso es ya una obsesión, Favorita!

—Mejor, que lo sea.

Ya he dicho á mis admiradores, á mis pretendientes, á todos los que por mí sienten amor ó fingen sentirlo... Sin los bigotes del Kaiser, nada; con los bigotes del Kaiser, todo.

—¿De modo que aspira usted á apoderarse de ellos?

—Eso sería mi más grande satisfacción. Poder salir á escena un día con los imperiales bigotes, cantando un *couplet* alusivo, que el público coreara alegremente.

—Veo que tiene muy buen humor...

—A mal tiempo, buena cara.

La gentilísima artista, la linda muñequita, la encantadora *Favorita*, acaba de

manifestarnos sus vehementes deseos de apoderarse de los bigotes del Kaiser.

Aquí, entre nosotros, propongo á ustedes, lectores de bigotes poblados y largos por sus guías, bigotes imperiales en suma, que le den un «timo» á la aplaudida artista.

Bastará con que unas tijeras corten vuestros bigotes, los envolváis en papel de oro, los precintéis en una cajita y se los mandéis á *Favorita*, jurando bajo palabra de honor, que allí en el Marne, en el propio cuartel imperial, oficiásteis de Dalila una noche mientras Guillermo dormía plácidamente...

DE LAS FÁBULAS



—Es que os habéis empeñado en que tomen mi conejo por el de la fábula.

—¿Y por qué?

—Porque va «seguido de perros».

Favorita creará vuestras palabras, recogiendo la valiosa prenda, y lo demás á vuestra cuenta queda.

Servidor no lo ha hecho ya para estas horas, porque llevo bigotes «á la inglesa».

DEL CAFÉ CON... CERT

... ¡Taday, pelmazo!

No me convences... El vivir es gloria,
y adoro de la vida los encantos;
¿que es bello el cielo y sus rosados ángeles,
y de las vírgenes los mirares cándidos?
Yo adoro á la mujer, reina y señora
de todo lo creado;
miro la dicha en sus lucientes ojos;
bebo el amor en sus rosados labios;
toco su desnudez de carne tibia,
y gozo de entusiasmo
apretando su talle de palmera
entre mis fuertes brazos...

¿Que iré al infierno? ¡Bueno! ¿Y qué me
[importa,

si ella marcha á mi lado
y me dice, con música de besos,
que yo sabré con besos ir rimando,
que me adora con loca idolatría
y me ama con espasmos?
¿Que eso es materia? Viva la materia,
si es fina como el raso
y tiene dos brillantes en los ojos
y guarda entre los labios
pedazos de coral, sus dientecllos,
que son flores de nardo...

¿Que soy un herejote?
¿que soy un condenado?

—¡Déjame y pira! ¡Camará, qué tío!
Que me dejes te digo, ¡¡so pelmazo!

—¿No ves que llega la que yo más quiero,
la reina de mi barrio,

la que es el cielo en *cuanti* me sonrío
y es purgatorio cuando está á mi lado,
y si me miran sus candentes ojos,
es el divino infierno en que me abraso?

—¿Te *quiés largar*? ¡Gachó con el amigo!
¡Vaya un sermón el que me está *endi-*
[ñando!

¡Que te doy dos *guantás*! ¡Amos, *alivia*!
¡Que me dejes en paz! ¡¡Taday, pelmazo!...

FERNANDO MORA



De estas señoritas se dice que trabajan por la consumación. Será por la consumación de los siglos, y de ahí que casi todas sean contemporáneas de Matusalén.

Un día y una noche en Londres
por Prudencio Iglesias Hermida

DEL CERCAJO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

Lydia ¿Os acordáis de aquella diminuta Lydia que, al final de los tés de la señora de Franvell, se mezclaba misteriosamente entre los invitados? Tenía poco más de trece años; pero toda la peligrosa gracia de su sexo brillaba ya sobre su boca encantadora y en la mirada indecisa de sus ojos negros.

Entraba en el salón y sentábase en si-

encio. Su aire dichoso, al que se mezclaba una sombra de tierna melancolía, sumíame en reflexiones que parecían un ensueño.

Una de las cosas que en esos instantes me preocupaba más, era el porvenir de aquellos cabellos espléndidos que caían cual negra cascada sobre sus espaldas, y que yo consideraba talismán de todas las seducciones. Entre los contertulios, prefe-

ría á nuestro amigo Andrés Laude; tal vez porque la joven, con la doble vista propia de su sexo, había comprendido toda la nobleza, toda la bondad de su alma sublime. Lydia se acercaba á él sin embarazo, ni temor, y le preguntaba sobre cuantas cosas necesitaba su curiosidad, con una sonrisa encantadora, con un acento de dulce sumisión.

CADA COSA POR SU NOMBRE



TINO.

—Vamos, pollito, que me parece á mi que se va usted á dejar escapar la ocasión de entre las manos.

—Pero ¿á ésto le llama usted la ocasión?

II

Pasó tiempo. Andrés iba á casarse. Como es un poco reservado y hasta misterioso en los asuntos que afectan á su corazón, no habló absolutamente á nadie de este acontecimiento. Su prometida era una provinciana á quien él creía amar lo suficiente para hacerla su esposa. En realidad, puede decirse que aquel enlace casi se lo había impuesto á Andrés su familia.

El joven fué á París antes de sus esponsales. Después de unas cuantas semanas, volvió á Abbeville para hacer la corte á su prometida y estudiar su carácter. Esta le pareció dulce, afectuosa, y aunque poco expresiva en las manifestaciones de su cariño, la encontró digna

DE LA «MILI»



- ¿Le dejo el gorro en casa al señor?
 —Sí, buena moza.
 —¿Y en dónde se lo pongo?
 —Mujer, entiéndete con el asistente.

por su belleza y sus virtudes, de ser la compañera de un hombre inteligente y galante. Sin embargo, se aburría horriblemente á su lado. El atribuyó este fastidio á la población; y seguramente no la injuriaba, pues Abbeville carece por completo de medios para divertirse y distraerse.

Un día se concertó una excursión hasta una especie de castillo en ruinas, rodeado de bosques y de tristes y monótonas tierras sembradas. Los expedicionarios almorzaron en el patio del castillo—era en Mayo—y cayeron después en una alegría ruidosa é insoportable. Su conversación, plagada de chistes insípidos, de charadas inocentes, de chascarrillos á propósito para provocar el sueño y de historias de almanaques, fué capaz para desesperar al hombre más tolerante. Andrés no pudo contenerse y abandonó disimuladamente la tertulia. Franqueó los fosos y hallóse al borde de un arroyuelo que corría murmurando por entre los árboles simétricamen-

te colocados en sus dos orillas tapizadas de verde. Se sentó en el tronco de un árbol que el hacha del leñador había derribado, y el encanto del lugar en que se hallaba le hizo mayor el fastidio que le producían las personas á quienes acababa de dejar.

III

El joven cayó en una especie de sopor en que su pensamiento se mecía en sueños sin sujeto y sin imágenes: el murmullo acariciador de la corriente, mezclándose á la agradable sensación de frescura del sitio, predispuso su imaginación á viajar por las regiones ideales de lo fantástico.

Al cabo de algunos instantes, oyó Andrés á su espalda un ligero ruido de pasos

DEL REFRANERO



—¡Anda! ¡mi gato chupando la tazel
 Con razón dicen que, tarde ó temprano,
 no hay animal que no se parezca al amo.

LAS SUBSISTENCIAS



—Oiga usted, don Marcelo: ¿qué quiere decir eso de acaparador?

—Pues, por ejemplo, que no podéis veniros las dos conmigo.

que hacía crujir la arena y arrastraba las hojas secas, produciendo la extraña cadencia de lo muerto.

Momentos después, todos sus miembros se estremecieron. Una voz temblorosa resonó como clarín de guerra en sus oídos, y al volverse vio á la extraña y pequeña Lydia que estaba delante de él.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Eres tú, querida Lydia? ¡Tú por aquí!

—Sí; yo misma—dijo la niña con tono grave.—Vengo de ese castillo.

Y mostró el viejo castillo donde Andrés había almorzado. El joven notó que estaba muy pálida. Sus ojos tenían la turbada

expresión que vuelve más buenas á las mujeres hermosas, y en los cuales brillaban todos los matices del temor, de la vergüenza y de la esperanza. Así lo ha dispuesto la Naturaleza, sin duda, para favorecer al más grande de los sentimientos... el amor. Andrés no pudo ver esta turbación sin que su corazón latiese violentamente. Descubrió en él algo que jamás, tal vez, hubiera florecido; pero que en aquel momento acababa de apoderarse por completo de su espíritu con una fuerza infinita. Y tuvo miedo, no por él, que se consideraba y era el más incorruptible de los hombres, sino por la aventura en sí misma, por lo que tenía de peligrosa y comprometedor. Tomó, pues, la actitud más indiferente que pudo, y empezó á hablar de cosas sin importancia.

IV

Ella no le escuchaba; pero le miraba siempre con una fijeza extraña. Andrés, sin fuerzas para resistir el brillo de aquella mirada magnética, volvió

la cabeza. De improviso, la niña se abalanzó sobre él y, estrechándole desesperadamente, exclamó:

—Si usted se casa con esa mujer, me mataré.

Y añadió en voz baja, aún más emocionante:

—Sí. ¡Me mataré, me mataré!

Andrés, mirándola con severidad, contestó:

—¿Sabes lo que has dicho? ¿Te has dado cuenta del valor de tus palabras, querida Lydia?

El labio inferior de la niña tembló, sus grandes pupilas de luminosos reflejos ex-



Trío Maffer.

Notables bailarines que, durante su reciente actuación en el Teatro Madrileño, han conseguido ruidosos triunfos.

presaron una energía salvaje y una ternura infinita.

—¿Cree usted que estoy aquí por casualidad?—respondió ella.—Adiviné todo lo que pasaba, y he persuadido á mi madre para que viniésemos aquí también. Le he seguido á usted, le he visto alejarse de sus compañeros de excursión, y he examinado atentamente á su prometida.

Y bajando los párpados, cuyas largas pestañas rodearon de un círculo de sombra violada sus mejillas, agregó.

—¡Ella no morirá; *ella!*...

Andrés la contempló un instante en silencio. Sintió que la firme y deliciosa voluntad de la niña penetraba dentro de él como el ave de Abril en una selva que empieza á verdear. Y dijo en voz baja, conmovido, pálido, aturdido por la gracia suprema de Lydia:

—¿Y tú, morirías?

—Yo... moriré—dijo la niña alzando los ojos.

Andrés no pudo resistir la patética seducción de la joven, y, conmovido hasta lo más íntimo de su espíritu, añadió:

—Querida Lydia: yo no me casaré nunca con otra mujer que no seas tú.

Ella lanzó un gran suspiro de alegría y ocultó su rostro en el pecho de Andrés. Este, depositando un largo beso sobre los cabellos tibios de Lydia, comprendió que lo único grande que había en su existencia, era el amor que por él sentía aquella niña inocente y encantadora, á quien decidió dar el nombre de esposa antes de que el sol de Mayo hiciese florecer del todo las verdes praderas que les rodeaban.

J. H. ROSNY

Amoríos de otros tiempos.

Cómo y dónde acabó la Inquisición.

I

Poca gente sabrá que la Inquisición acabó en España con una aventura galante. Conviene divulgarlo para que los misóginos y andróginos con que el modernismo nos invade y desnaturaliza, sepan que debemos á las mujeres, mayores, si no más gratos servicios que los que ellos rehusan, fingiendo pudibundez que no es tal, sino impotencia... Fué ello en Cádiz, en 1812. Sitiada la ciudad por los franceses y abiertas las Cortes en San Felipe, se apoderó de las mujeres tal patrio-

CHIQUILLADAS



—Dice el doctor que á las chicas nos sientan bien, con el té, las pastas. A papá le sentarán bien los pastos.

tismo y se hicieron las más de ellas tan liberales y constitucionales, que premiaban con cuanto más apetecible y deseable podían ofrecer al galante y caballeresco espíritu de nuestros antepasados, los actos de serenidad y de valor, los discursos fogosos y los escritos entusiastas. *El amor en Cádiz sitiado*, sería un hermoso título

EN EL BOTÁNICO



—¡Qué diferencia! Por la tarde está esto lleno de chicos, y, en cambio, por la noche, ni ganas de que los haya.

de un libro hermosísimo, que se podría escribir sin más que traducir lo que han contado muchos oficiales ingleses de los que, al mando de Wellington, vinieron á guerrear contra los franceses.

Las devotas, que eran muchas, confortaban y consolaban á los frailes que en Cádiz se habían refugiado, á los prelados y canónigos que, como Jaime y Joaquín Villanueva, Muñoz Torrero, Juan Nicasio Gallego y otros varones insignes, tenían puesto en las Cortes: las liberales, que eran todas las mujeres jóvenes y guapas, asis-

tían á las tribunas de San Felipe, discutían la Constitución á medida que en las Cortes se discutía, se mezclaban en los corros de la calle Ancha, acudían á la Cortadura á alentar á los soldados, inventaban coplas y ponían aquellos saladrosimos motes *general Cañuti*, *general Barbatrompa*, *general Lameostiones*, *don Solapandas del Ronzal* y otros que traen ahora á unos cuantos eruditos de cabeza... Por las noches asistían al Teatro de la Bomba ó al Principal, donde un jovencito atildado y elegantísimo había estrenado un sainete. El tal se llamaba Francisco Martínez de la Rosa. Era de ingenio vivo, enamorado y galanteador, si los hay. El sainete tuvo gran éxito; pero la gentil apostura del autor los había obtenido mayores...

La nube de frailería, cleriguesca y saltatumbas, no se hallaba á gusto en el ambiente de libertad que en Cádiz se respiraba. Decretada la libertad de imprenta, encontró modo de que una Junta censoria prohibiese escribir palabra contra la Religión, y aun citar á Rousseau y á Voltaire, que eran los dos ogros de la época. Y poco á poco, agotando todo género de seducciones é influencias, alcanzó permiso para que se restableciese el Santo Oficio, aunque con atribuciones muy limitadas. Produjo aquello gran indignación entre los liberales, y una mujer guapa, muy guapa, de encumbrado linaje y prosapia ilustre, declaró á sus amigos que estaba dispuesta á todo para evitar que el negro pendón de la Fe se alzase en aquel recinto, que era postrer refugio de la bandera española.

Cuando una mujer está dispuesta á todo, y más si esta mujer es linda y joven y... condesa, y otorga sus divinos favores á un joven granadino, rubio y osado, que estréna sainetes bien escritos y trajes irrepugnables, y se llama Martínez de la Rosa, puede tener por seguro el lector que el Santo Oficio estaba más muerto que mi abuela.

II

Murió del siguiente modo:

El decano de la Suprema Junta de la Fe era un venerable tonsurado con cerca de los sesenta, á quien los años no habían curado de su afición al mujeriego, y de tal clase lo había gozado en su vida palatina, gracias al ejemplo del garañón de Godoy y la descosida reina que lo encumbrara á su lecho, que el buen señor no apetece ni tomaba sino mujercitas que fuesen extre-

mos de belleza, juventud, distinción, discreción é ingenio.

Siendo, como se ve, escrupuloso y antojadizo, y reuniendo la condesa todas aquellas prendas, no hay para qué decir que el decano le hacía el amor con aquella suave y lenta sugestión que es camino cierto y seguro para la eclesiástica gente.

Pusieronse de acuerdo la condesa y su amante el sainetero, y, convenido el plan, comenzaron á ponerlo por obra, invitando la condesa al decano á que fuese aquella noche á acompañarla en la mesa.

III

Fué la cena espléndida.

La condesa hizo derroche de livianas coqueterías, hasta hacer perder toda prudencia al viejo galanteador, que, excitado por ellas y por el buen vino de Jerez, pidió ser amado aquella misma noche. La condesa accedió; pero no en su casa... ¡Qué escándalo! Se enterarían los criados, las doncellas... Pero ella conocía cierta casa en cierta calle del barrio de la Viña... y allá fueron... Era una noche oscura y algo tormentosa. No se oía más que el rugir del Océano, azotando fieramente las altas murallas y el vocear de los centinelas, cuyo eco ¡Alerta! ¡alerta está! corría de un lado á otro del recinto... Apoyada en el brazo

del vejete iba la condesa enloqueciéndole con promesas de placeres celestiales... y al llegar á la casa le empuja un poco, y ¡zas! —no sé cómo decirlo que menos huele—, he aquí á mi buen Inquisidor que desaparece por el escotillón de un retrete —y griega llamaban entonces á los albañales colocados en los portales—, cuya cobertera de losa había sido destapada... Suenan voces y salen de la casa dos docenas de liberales que allí estaban apostados. Con ganchos y cuerdas sacan al venerable tiburón de la pestilencia en que se ahogaba, y el sinventura, al reconocer á Martínez de la Rosa y á otros empecatados negros —aunque no tanto como él lo estaba—, aprieta á correr sin tino y sin freno, cuanto sus años se lo permitían. ¡

Los liberales le siguen dando voces; reúnen gente; desembocan todos en la calle Ancha; acuden los guardias... El escándalo fué tal, que al día siguiente no se celebró la fiesta preparada para enarbolar el estandarte del Tribunal del Santo Oficio.

Y hasta el día de hoy.

DIONISIO PÉREZ

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑÍA
RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

EL ARTE

Academia de couplets.

Impostación de la voz.
Canto y declamación lírica.
Repertorio de Ópera y Zarzuela.

Se escriben couplets
ad hoc, del género que se deseen.

PRECIOS MODICOS

Jacometrezo, 80, entresuelo derecha

Horas: de 10 á 1 de la mañana
y de 3 á 8 de la noche.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Separte toda clase de periódicos y revistas

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España",
Calle de Santa Isabel, 45.

Biblioteca secreta

SOLO PARA HOMBRES Y CASADAS

por M. de Alba.

Forman esta interesante biblioteca de enseñanzas para la vida privada, tomos de 64 páginas, tamaño 16 por 12 centímetros, tirados en buen papel, y con ilustraciones los que así lo requieren.

TOMOS PUBLICADOS:

1. Misterios del lecho conyugal.—2. Secretos del lecho conyugal.—3. Placeres y vicios solitarios. (En el hombre y en la mujer).—4. La noche de la boda.—5. ¿Quiere usted conocer la virginidad de una mujer?—6. Extravíos y pasiones amorosas.—7. Vicios y costumbres sexuales.—8. La prostitución en el siglo xx.—9. Las enfermedades secretas (Cómo se evitan y cómo se curan).—10. El matrimonio fecundo.—11. La perversión sexual.—12. Higiene de los placeres amorosos.

50 céntimos el tomo.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioscos de España y América. Remitiendo su importe en forma de fácil cobro, por Giro postal ó en sellos de franqueo de España, se enviarán por colecciones ó sueltas. De deseárselos certificados, hay que añadir 25 céntimos.

Dirigirse á

B. Bauzá. Aribau, 175, Barcelona.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arañas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturban ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, F6, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, dirijanse únicamente á *Antonio Ros, Ibbiero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.